

En torno a un fracaso reconocido

(SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA RELIGIÓN)

REV. JUAN B. MANYA

I

El P. José M.^a de Llanos, S. J., ha publicado en REVISTA DE EDUCACIÓN, número 19, páginas 100 y siguientes, un artículo sobre "La enseñanza de la Religión en la Universidad (Experiencia de un fracaso personal)". Son dolorosas, pero son esperanzadoras, las confesiones que de varias partes, aun oficiales u oficiosas, vemos surgir sobre el particular en nuestros días. Ellas plantean un problema de responsabilidad gravísima para los que ejercen el profesorado de Religión. Y aún podemos decir que la importancia del problema desborda el mismo tema propuesto en el artículo y trasciende a la esencia misma de la enseñanza en nuestros días: sus derivaciones pueden ser del más alto interés, especialmente para países como el nuestro de tradición religiosa unitaria.

Esto nos ha decidido a comentar dicho artículo. Empezamos con un aplauso de viva simpatía a la sinceridad valiente y noble humildad del articulista y de adhesión a muchas de las consideraciones que dicho artículo sugiere. Por lo demás, nuestro comentario no tiene la pretensión de resolver adecuadamente el problema difícil y complejo del tema. Se reduce a unas indicaciones que quisieran llegar a la raíz o a una de las posibles raíces del problema. Dejamos al superior criterio de los que lo hayan de resolver la apreciación de la oportunidad y aun del valor de nuestras consideraciones; pero sentimos la necesidad de expresarlas con todo respeto y modestia, por si pudieran servir a la mejora de los estudios religiosos, a los cuales hemos dedicado las actividades y los entusiasmos y las reflexiones de toda nuestra vida.

El doctor don JUAN BAUTISTA MANYÁ ALCOVERRE, arcediano de la catedral de Tortosa y profesor de Religión de su Instituto de Enseñanza Media, comenta en este artículo la crónica del P. José María de Llanos "La enseñanza de la Religión en la Universidad (Experiencia de un fracaso personal)" (R. DE E., número 19, páginas 100 a 102, y apunta algunas causas del desinterés que respecto a la enseñanza religiosa muestran muchos de nuestros escolares. El doctor Manyá es autor de varias obras de Teología y Espiritualidad: Theologumena, La agonía de Jesús y Meditaciones Marianas, El Talent, etc.

En este mismo número se publica una carta abierta al P. Llanos del catedrático señor Hernández-Vista.

Con certera visión, el P. Llanos señala como causa fundamental del fracaso el desinterés de los alumnos por la enseñanza religiosa. Y al inquirir sobre las causas de tal desinterés encuentra como principal el ambiente, "que no es ateísmo, ni mucho menos, ni despreocupación, sino todo lo contrario, que es cansancio de las formas, fatiga de los rollos, desasosiego, turbación". Exacto. Pero ¿es el ambiente, el ambiente social, las condiciones de la vida contemporánea, la causa verdadera, profunda, de este desinterés por la enseñanza religiosa? ¡Si es precisamente en épocas o situaciones de la vida como las actuales, que son de mal-estar, inquietud, de fracaso, de aspiraciones insatisfechas, cuando el interés religioso se reafirma y se impone como esperanza suprema, infracasable!

Los efectos de una enseñanza son *per se* proporcionales al interés que sobre ella el maestro suscita en los alumnos. Y en ningún espíritu reflexivo cabe la monstruosa suposición de que el tema religioso sea incapaz de interesar a la conciencia humana. Podrá ésta bajo ciertas presiones de la vida no sentir gran interés en momentos dados por las cuestiones religiosas o por el estudio de ellas; pero en la conciencia humana es continuo el cambio de vivencias, de presiones, de puntos de vista, de intereses. Es necesario saber aprovechar estas variantes favorables y aun suscitarlas oportunamente.

En el fondo del alma humana hay, más o menos consciente, un interés cardinal vivísimo, apasionante, por las grandes cuestiones religiosas, pues son ellas al fin y al cabo las grandes cuestiones de la vida. Los indiferentes lo son o bien por escepticismo o bien por inconfesables motivos de conducta. El escepticismo religioso se combate con la contundencia de una doctrina que se imponga a la conciencia por su sinceridad, claridad, evidencia. La otra indiferencia, la que se funda en la conducta moral, no se combate directamente, propiamente, desde una cátedra; pero téngase en cuenta que esta indiferencia es más ficticia que real, más afectada que sentida sinceramente. Y el profesor de Religión puede contribuir a destruirla robusteciendo y avivando convicciones teológicas, que al fin y al cabo son incompatibles de por sí con una conducta inmoral.

El profesor de Religión ha de contar además, y aun principalmente tal vez, con otro interés más relacionado con el trabajo de su profesión; un interés específicamente intelectual. Los alumnos de una clase de Religión se dividen en dos grupos: el de aquellos que han recibido la religión en el seno de la familia y el

de los que no han tenido esta suerte. Los primeros, la gran mayoría entre nosotros, viven pacíficamente su fe durante la infancia; pero cuando se despierta en ellos el sentido crítico de la vida, cuando quieren saber el porqué de las cosas, es su fe, es su ideario religioso el primer objeto de la crisis. Las lecturas, los contactos con amigos más o menos religiosos que ellos, el mismo espíritu de autonomía juvenil, les plantea inevitablemente la cuestión: "Todo esto que yo creo y que me impone deberes tan pesados, ¿es verdad o no?" Desde los últimos años de bachillerato el profesor de Religión tiene la misión de justificar la respuesta afirmativa a la pregunta crucial de la juventud religiosa. Y si lo consigue veréis el interés que despiertan sus lecciones en la conciencia del alumno, la satisfacción con que éste constata la verdad esencial de las enseñanzas religiosas de su madre, la seguridad triunfal con que sabrá responder a las objeciones e ironías de sus compañeros incrédulos, el placer de contar con un criterio seguro y firme para orientarse entre los futuros percances y vaivenes inevitables de la vida que se le abre.

Estos aspectos pesarán fatalmente sobre su conciencia y producirán en ella un interés de orientación de la vida, de polémica, de pretensiones intelectuales tan propias de la juventud, etc. Y entonces las explicaciones de un profesor que sepa encajar con estas vivencias, lejos de ser aburridas, harán vibrar de interés y de entusiasmo las mentes de los discípulos, admirándolas y aceptándolas o bien discutiéndolas y rebajándolas y aun negándolas. Un profesor de altura recibe siempre con complacencia paternal todas estas actividades de sus alumnos, y las fomenta, o por lo menos da todas las facilidades para que se produzcan con entera libertad.

En cuanto al segundo grupo, el de aquellos que pertenecen a familias irreligiosas, el efecto puede ser doble. Algunos, ante las explicaciones sinceras y claras del profesor de Religión, ante las respuestas convincentes que da a las objeciones y prejuicios familiares, reaccionan noblemente en favor de la fe y llegan a convicciones sinceras y arraigadas, que determinan la orientación de su vida. Es el gran triunfo de la cátedra de Religión. ¿Raro, diréis? Tal vez no tanto como pensáis. Si conserváis el contacto con vuestros ex alumnos veréis cosas muy consoladoras. Pero admitamos la rareza de tales casos. Es que también los otros, aquellos pocos que no habéis logrado cautivar al yugo de la fe cristiana, han recibido de vuestras explicaciones una influencia muy saludable. Esta: que la fe católica es algo muy bien pensado, un sistema doctrinal sólido, armónico, racional, consecuente, conocedor perfecto del pensamiento y del psiquismo humanos. Quien quiera impugnarlo ha de ir con pies de plomo; ha de estudiarlo a fondo si no quiere caer en ridículos espantosos, si no quiere descalificarse como pensador, como intelectual. ¿Os parece pequeño este triunfo, obtenido sobre los espíritus más refractarios a vuestra influencia docente?

Es un pesimismo exagerado limitarse a constatar los fracasos de una gestión sin registrar también los éxitos, aunque sean parciales y relativos. Exagerado primeramente porque el desinterés de nuestros jóvenes en el estudio de la religión no es tan cierto, ni profundo,

ni universal; exagerado además porque no es un mal incurable. Veámoslo.

Para curar la raíz de un mal precisa primero determinar su causa. El P. Llanos señala algunas de ellas con criterio de observador objetivo y fino; pero a nuestro parecer hay otra más honda y más vieja, aunque un tanto disimulada entre los repliegues de nuestra Historia. No radica en los alumnos, sino en los profesores de Religión. Me refiero a la formación teológica que hemos recibido en nuestros estudios eclesiásticos. No aludo a ningún establecimiento concreto ni a ninguna institución religiosa; menos aún a persona determinada. El haber sido España por varios siglos un país de uniformidad religiosa católica es, sin duda, un bien grande; pero entre sus efectos hay algunos que están lejos de ser beneficiosos. Me refiero ahora concreta y exclusivamente a la marcha que han tomado los estudios teológicos. Practicados bajo el signo de la unidad católica, sin la vecindad de adversarios que nos acuciasen con sus objeciones y contraposiciones, discurrían tranquilamente como una fórmula que cumplir, sin afectar agudamente nuestra conciencia; tesis tras tesis, argumentos y distinciones y objeciones y textos tradicionales inmutados servían como para cumplir un expediente escolar; pero no nos hacían vibrar de entusiasmo ni nos preocupábamos de llenar sus vaciedades y desaciertos. De todo aquello no nos llegaba gran cosa al alma. Aquellos estudios podían tener alguna utilidad para lucir en un acto académico, para unas oposiciones a canónigo, quizá para un sermón. Y casi nada más. Eran estudios indispensables para la carrera eclesiástica, pero aburridos, carentes de todo interés personal y aun colectivo: una vez terminados eran abandonados sistemáticamente. Y sistemáticamente se inculcaba que la formación intelectual del sacerdote no había de ser a base de disquisiciones de teología especulativa, sino de moral casuística, de investigaciones históricas, de cuestiones sociales, etc.

Tal vez el cuadro peque de simplista y exagerado en algún aspecto. Hay que admitir, y lo hacemos de buen grado, excepciones honrosas, tanto más honrosas cuanto más escasas y más desconectadas del ambiente general; pero el cuadro, en sus líneas esenciales, es real. Los que lo hemos vivido y padecido sabemos la influencia que ha ejercido en nuestras vivencias teológicas, en el curso de nuestra vida intelectual.

Cuando modernamente se impuso la asignatura de Religión en los altos centros de enseñanza del Estado era fácilmente previsible que una teología anquilosada y sin interés vital, administrada así a los jóvenes estudiantes de una carrera civil, estaba destinada al fracaso más o menos rotundo. No es que nuestros jóvenes no se interesen por las cuestiones teológicas. El mismo P. Llanos cita algunos detalles que podemos confirmar y aumentar todos los que nos dedicamos a la enseñanza de los jóvenes: la existencia de Dios y sus atributos fundamentales, la precencia y la predestinación en sus relaciones con la libertad, el dogma del pecado original, las cuestiones de la gracia, los novísimos, especialmente el infierno; la orientación religiosa en el futuro de su vida, etc. Estos y otros muchos puntos de filosofía religiosa excitan en cualquier aula de jóvenes un interés infalible, proporcional a las cualidades del maestro que los propone. Y si éste sabe encajarlos con las vivencias de sus discípulos, no sólo con

los de su conducta o porvenir moral, sino también con sus pretensiones intelectivas, estimulando su talento a sacar ideas claras y profundas, y aún más si pueden ser personales, descubriréis sorprendidos que habéis excitado un interés y un entusiasmo no sólo entre los de talento superior, sino aun entre las medianías. Y os abrumarán con sus consultas y objeciones y preguntas ampliativas o cerciorativas, señal infalible de que la palabra del profesor ha caldeado, no sólo ha interesado, las almas de los jóvenes discípulos. Sobre todo si el profesor sabe dar al alumno la sensación de que es capaz de discurrir por cuenta propia y al mismo tiempo sabe educar las iniciativas de los jóvenes... Yo os aseguro que será escuchado con interés, con avidez, con usura... Quiero decir que el alumno no despreciará ni una de sus palabras, y cuando por algún obstáculo insuperable haya de faltar a la clase lo lamentará y os dará toda clase de satisfacciones y procurará recoger de donde pueda las explicaciones perdidas.

No se crea que con esto intentamos desvalorizar la teología escolástica de los estudios eclesiásticos; por el contrario, nos complacemos en reconocer su valor ontológico y... pedagógico; reconocemos el acierto con que generalmente consigue armonizar la fe con la razón y reconocemos también su eficacia para formar las inteligencias, adiestrándolas finamente para el estudio filosófico, como lo reconocía Descartes en sí mismo y daba por ello gracias al Altísimo. Pero el fondo muchas veces inmovible de la teología escolástica se presenta revestido de formas propias de su tiempo y hoy anticuadas e inadaptadas a nuestra mentalidad, las cuales hay que modificar vivificándolas con el soplo de una modernidad racional, haciéndolas inteligibles y adaptadas a nuestro estilo de pensamiento, de cara a las preocupaciones e intereses, convicciones y dudas del pensamiento moderno. Esta labor la practica espontáneamente la sinceridad del hombre de talento dedicado a los estudios teológicos. Necesita estudiar las viejas y densísimas fórmulas de la escolástica, pasándolas por el tamiz de una crítica personal rigurosa. Y las acepta, o las rehúsa, o las discute desde el punto de vista independiente y severo de una revisión a fondo. La consecuencia de esta labor es una asimilación, una adaptación vital de la teología al pensamiento personal del estudiante. El que llega a conseguirla siente la doctrina teológica como una vivencia de su espíritu, y cuando la expone lo hace con aquella naturalidad, con aquella sincera convicción, con aquel calor y entusiasmo que infaliblemente se comunica a sus oyentes. Pero el que no ha llegado a obtener en su espíritu esta asimilación feliz, aquel para el cual la teología se limita a las viejas fórmulas cien veces repetidas y jamás entendidas hasta el fondo ni discutidas imparcialmente; aquel para cuyo espíritu la teología no es una vivencia sentida, sino una superposición más o menos artificial en sus vivencias e intereses mentales, podrá tal vez hacer una disertación más o menos erudita, una conferencia más o menos digna de admiración auténtica, un sermón más o menos deslumbrante de elocuencia relativa; pero lo que no hará jamás es atraer el interés de los que viven su vida, sobre todo su vida joven, exuberante, hacia los problemas que la teología plantea a un espíritu reflexivo; no provocará jamás en sus oyentes un calor mental del que carece él mismo. El resultado de su cátedra será el desvío respecto de su estilo y per-

sonalidad mental de la asignatura inútil y pesada, y Dios quiera que no sea la rebaja o anulación del aprecio intelectual de la religión misma.

Hablamos en teoría, impersonalmente, lo repetimos, y aun bajo la advertencia expresa de que presentamos un esquema simplificado y teórico. La realidad es más compleja; oscila con infinitas variantes entre estos dos tipos extremos que hemos presentado esquemáticamente.

Una *objeción* final, que sin duda surgirá espontánea en la mente de muchos: este tipo de profesor de Religión que sabe interesar así a sus discípulos e inyectarles sus entusiasmos teológicos es un tipo excepcional, es el hombre de genio. De nada sirve, por tanto, para solucionar una cuestión ordinaria y común; los genios, los hombres excepcionales no abundan, sino que escasean fatalmente; no llegan ni con mucho a poder cubrir todos los casos de enseñanza religiosa.

Respondemos:

a) La objeción tal vez exagera las condiciones que se requieren para ser un buen profesor. Son indispensables indudablemente ciertas cualidades intelectivas (claridad, contundencia lógica, adaptación, sinceridad ante las pruebas y las objeciones, etc.) y también algunas de índole afectiva que no enunciaremos, porque las podemos reducir todas al cariño paternal, tal vez amical, hacia los alumnos. Nos parece que estas condiciones son indispensables para la función docente. Y no nos cansaríamos de inculcar la responsabilidad de los que eligen el personal para esta función. El personal docente es el *quid* de toda cuestión pedagógica. Pero no nos parece ser tan difícil hallar personas dotadas de tales condiciones, si no siempre en el grado supremo al menos en grados inferiores que se aproximen al ideal todo lo posible. No insistimos sobre el particular, porque no somos nosotros los encargados de esta selección.

b) Primero, pues, la selección del personal docente. Pero si se quiere llegar a una solución radical y estable se impone empezar por la reforma del espíritu teológico en los altos estudios, sobre todo por la selección del personal docente. La teología no debía ser en dichos estudios una asignatura, sino una vivencia predominante, absorbente; no un conjunto de tesis y argumentos en sí profundos, pero anquilosados desde algunos siglos, mal comprendidos por los estudiantes jóvenes, sin repercusiones agudas sobre los problemas del pensamiento moderno; debía ser una teología *humanizada*, en contacto vivo con el pensamiento y con la conciencia y con el ambiente de la intelectualidad humana de cada tiempo. Una teología que ahondando y discutiendo los principios y tesis de la teología antigua saque de ella lo mucho que tiene de bueno y dé cara a la intelectualidad, lo levante como algo seguro y sólido en medio de tantas fluctuaciones e inseguridades y por lo menos se haga acreedora al respeto sincero y a la admiración de los que ejercen dignamente la función de pensar y escribir.

Con razón se ha dicho que son los intelectuales los que determinan el pensamiento popular. Lo que ayer pensaba la selección intelectual es lo que hoy piensa la masa, y lo que hoy piensa la intelectualidad será mañana el pensamiento comunitario. Con profesores competentes en nuestras instituciones de enseñanza religiosa tendremos alumnos aprovechados, intelectuales creyentes, y de ellos el tesoro de la fe pasará espontáneamente a la conciencia popular. Tenemos la suerte de

que nuestro ideario cristiano católico posee una superioridad manifiesta sobre todos sus opositores. Aprovechemos de esta feliz superioridad; hagámosla sentir y triunfar; incorporémosla a los postulados fundamentales de la intelectualidad humana de todos los tiempos, concretamente de los nuestros.

II

Después de haber señalado una causa, ésta de parte del profesorado, que nos parece fundamental para explicar el desinterés y, por tanto, el escaso rendimiento de los alumnos en el estudio de la religión, vamos ahora a señalar otras que también nos parecen fundamentales, de parte del alumno y aun de la materia misma de estudio.

I. Señalamos en la conciencia juvenil tres clases de interés posible que corresponden a tres necesidades de su espíritu: *a)* interés formalmente intelectual, necesidad de cerciorarse por sí mismo y no por imposiciones formularias de la verdad cristiano-católica; *b)* interés moral, necesidad de fijar la conducta de la vida con relación al gran problema de nuestro destino eterno; *c)* interés por la religión como mera asignatura ante la necesidad de aprobarla.

II. El interés *a)* es, aunque no lo parezca, el más operante en la conciencia juvenil, sobre todo en los jóvenes de talento, que son los que conviene conquistar preferentemente.

El alma del joven está poseída del deseo de autonomizarse en todos los órdenes de la vida, especialmente en el del pensamiento. Quiere ser autor, o controlador por lo menos, de sus ideas, y se rebela espontáneamente, aunque a veces no lo manifieste, contra las imposiciones del protocolo, de la rutina, de la sujeción. Estas imposiciones las reputa el joven apropiadas para el niño y para los espíritus débiles: él quiere saber la razón de lo que piensa o cree, sobre todo en el orden religioso, y quiere juzgarlo por su propio criterio, con independencia y con sinceridad. Y esta actitud crítica de la juventud se presenta con una pretensión, con una virulencia si se quiere, especial y notoria en nuestros días. Los aires que corren por la sociedad actual son de independencias, de revisiones sinceras y de actitudes decididas en cuanto a superar lo caduco e inútil y adoptar formas vivas y realistas para la vida. Y estos aires modernos cuajan perfectamente con las pretensiones de la psicología juvenil, y es aquí donde llegan a exigencias más francas y a veces más violentas. La enseñanza religiosa de la juventud en nuestros días que no tenga en cuenta, y muy principalmente, esta vivencia de los discípulos, fracasará en su aspecto principal, que es el interés del alumno.

III. El interés *b)*, aunque no sea despreciable ni mucho menos, no es tan vivo y constante en la conciencia del joven. El cual, situado en la euforia segura del vivir y en un ambiente psíquico de ilusiones para su futuro próximo, no suele preocuparse, más que en momentos fugaces, de las futuras realidades eternas, que le parecen aún muy lejanas; le interesan más las posibilidades inmediatas de la vida, que se le abre ahora con perspectivas, sin duda ilusorias en gran parte, pero fuertemente sugestivas. Por

tanto, este interés *b)*, aunque sea aprovechable para el estudio de la religión, no constituye una razón suficiente de constancia y de continuidad perenne en el alma del joven estudiante. Un buen profesor sabe aprovecharlo oportunamente cuando se presenta espontáneo o excitado intencionadamente; pero no puede confiar en él como causa que basta para mantener vivo y operante el interés por sus explicaciones a través de todo el curso. Hay que recurrir a vivencias más constantes y apasionadoras y más naturales en el alma del joven: las que constituyen el interés *a)*.

IV. En cuanto al interés *c)*, es evidente su insuficiencia (no hablamos aquí tampoco de inutilidad) para fundar un interés pedagógico. Cuando en el alma juvenil no hay más interés por el estudio de la religión que el de mera asignatura, el fracaso final es inevitable si entretanto no se ha conseguido despertar otros intereses más elevados. Después de haber obtenido el *aprobado*, el interés por la religión desaparece: su estudio es abandonado como una imposición inútil y odiosa. ¿Es éste el caso de muchos estudiantes? Mi experiencia personal me inclina a rechazarlo; pero aunque lo fuera, no legitimaría pesimismo excesivos. Un buen profesor, con preparación y alma de tal, sabrá despertar en sus alumnos que solamente ven en el estudio de la religión una asignatura más (¡entre tantas y tantas!) un interés vivo, el interés *b)* cuando haya oportunidad o, por lo menos, el interés *a)*, tan propio de la psicología juvenil.

V. ¿Conviene o no que los alumnos estudien *toda* la teología, un tratado *completo* y sistemático de religión, o sería mejor escoger algunas partes, las más importantes y las más interesantes para la vida y para la psicología del joven? En abstracto, es evidente la conveniencia de un estudio integral. Toda cuestión religiosa tiene un interés humano inevitable. Pero ni el tiempo de que disponen nuestros estudiantes ni su preparación mental inmediata aconsejan el estudio completo. Hay, pues, que seleccionar entre las cuestiones de la teología aquellas que sean más importantes y despierten un interés en las almas jóvenes de nuestros días.

VI. Para hacer la selección es indispensable fijar sus términos. Prescindiendo aquí de lo que podríamos llamar preliminares que se estudian en los primeros años del bachillerato (Catecismo, Historia Sagrada, etcétera), el estudio de la religión en los restantes cursos del bachillerato y en los universitarios se puede reducir a tres aspectos capitales: el dogma, la moral y la apologética. No queremos entretenernos ahora en fijar y discutir la distinción adecuada entre estos tres aspectos: los aceptamos aquí tal como los presentan los programas oficiales con objetos formalmente distintos: la fe, la conducta, la valorización racional de entrambos.

Es indiscutible la importancia del dogma y de la moral: son ellos la esencia, toda la esencia, de nuestro sistema religioso: *res fidei et morum*. Pero en su enseñanza de cara a nuestra juventud hay que proceder bajo un aviso de importancia trascendental. Si reducimos el estudio del dogma y de la moral a *reseñar* los datos y normas teológicas y no ensayamos al alumno a *razonar* sobre ellos, discutiéndolos y aquilatándolos con libertad y franqueza, no conseguiremos interesarle, sino aburrirle. Hay que enseñar al alumno

a discurrir en materias teológicas, y después dejarle discurrir bajo el control del profesor.

¿Peligros de esta libertad? Los hay en todas las cosas humanas, aun en las mejores. Por esto hemos indicado el *control del profesor*: muy fácil de ejercer durante el curso, y aun después, ya que los alumnos lo buscan espontáneamente. Hablamos por experiencia propia y prescindimos de algún caso, raro, de aversión religiosa irreductible.

Y no temáis de ahondar en las cuestiones importantes. Si el profesor, como se supone, ha pasado su vida estudiando la materia profundamente, y con ello ha conseguido aquella simplicidad y claridad de ideas propia de las inteligencias elevadas, excitará en sus alumnos un interés y conseguirá unos resultados que le infundirán nuevos optimismos para éxitos futuros en el ejercicio de su profesión. Por lo demás, el profesor, poseído del valor de sus vivencias teológicas y de su actualidad siempre antigua y siempre nueva, está inmunizado de pesimismo enervantes, renueva incansable su optimismo profesional y obtiene siempre éxitos, no pocas veces insospechados.

VII. El estudio de la apologética *formal* (digo *formal* para atenerme a lo que diremos en seguida y acabamos de insinuar: al espíritu apologético que debe informar el estudio del dogma y de la ética) *per se* encaja perfectamente en el interés *a*), que es el más aprovechable. La discusión religiosa de cara al ateísmo y materialismo, la discusión cristiana de cara a la incredulidad o indiferencia racionalistas, la discusión católica de cara al protestantismo (el tema protestante se va poniendo de moda cada día más vivamente), son materias de interés infalible cuando son propuestas por un profesor que sabe llegar fácilmente

al fondo de las cuestiones y habla un lenguaje imparcial y sincero. El alumno, ejercitado así en la apologética, se siente en posesión de la verdad y de la superioridad de su ideario religioso, y vibra de entusiasmo por defenderlo contra los que lo impugnan.

Por esto opinamos que el estudio de la religión en los centros docentes de la juventud ha de tener siempre este carácter apologético, combativo diríamos, para ser interesante. Pero, desde luego, el estudio apologético sería inútil, sería perjudicial, si las razones no fueran contundentes y sinceras, objetivas, imparciales. En el plan antiguo del bachillerato se cometió el error de asignar la apologética al cuarto curso, cuando los alumnos, niños todavía mentalmente, son incapaces de profundizar sus razones y aun de comprender su interés. En la reforma actual, el error ha sido agravado con la exclusión de la apologética. A no ser que se intente incorporarla al dogma o a la moral, o bien asignarla a los estudios universitarios (invitaríamos a discutir esta conveniencia), el estudio de la religión carecerá de interés vivo y operante; se reducirá a una reseña, a una lista de temas teológicos, aburrida, pesada, odiosa para los jóvenes alumnos.

Estas insinuaciones no tienen la pretensión de ser programas o métodos ultimados: son insinuaciones que valdría la pena discutir para fijar o corregir posiciones en la enseñanza de la religión. Ha sido puesto en manos de la Iglesia española un medio de eficacia insuperable para la penetración en los medios intelectuales. Es lamentable, es tristísimo, es sintomático de decadencia espiritual, que hayamos de confesar el fracaso; pero la responsabilidad sería mucho mayor si el fracaso continuase después de la triste experiencia confesada tan sinceramente.

La enseñanza de la Matemática

RAMON CRESPO PEREIRA

I

Hablar de enseñanza de la matemática obliga a considerar, por lo pronto, tres realidades:

Don RAMÓN CRESPO PEREIRA, licenciado en Matemáticas, ex becario del Instituto "Jorge Juan", del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y subdirector de la revista Theoria, colabora en la Gaceta matemática, en la Revista matemática hispanoamericana y otras revistas más. Ya ha colaborado en la REVISTA DE EDUCACIÓN con varias reseñas de libros y la traducción del trabajo "El proceso educativo", de Helmer Hutchisson (véase núm. 20). Con el presente inicia una serie de artículos sobre la enseñanza de la matemática. En este que ahora publicamos establece una serie de conceptos generales necesarios para el planteamiento de la Didáctica matemática.

- 1.^a La matemática en cuestión.
- 2.^a El profesor que tiene que enseñarla.
- 3.^a Los alumnos que la han de aprender.

Pero estas partes de un todo—la enseñanza de la matemática—no están desintegradas, sino en relación funcional. Cualquier estudio serio del tema debe tomar en cuenta los elementos del proceso didáctico en su conexión.

Ahora bien: cada uno de los términos anteriores, considerados aisladamente, debe tomarse de la manera más concreta posible. Decir por ejemplo *matemática* es algo enormemente vago y abstracto. Cuando se habla de la enseñanza de tal ciencia se presuponen muchas cosas. No es momento de investigarlas a fondo. Pero podemos indicar que enseñar matemática, sin más, puede ser muchas cosas. Antes de saber qué quiere decirse con ello, conviene partir de